

**CUENTO N° 245**

**TÍTULO: AMOR ENTRE NOTAS**

**SEUDÓNIMO: SENDERO**

**AUTORA: CARMEN LORETO ROSENDE MARTÍNEZ**

La ansiedad me mantenía inquieto mientras me anudaba la corbata del smoking, tenida obligada para la presentación de la orquesta en ese importante teatro de Munchen, donde en esta temporada, nuestra agrupación orquestal era la invitada oficial.

Los conciertos que habíamos interpretado, bajo la batuta de distintos y eximios directores europeos, habían sido un éxito, y hoy el primer violín nos había anunciado y preparado para el programa que incluiría el concierto para piano y orquesta número tres de Rachmaninoff, cuya solista sería la joven pianista rusa Anna Fedorovna, muy en boga en esta temporada, quien hacía furor por estos días en Europa, donde todas sus presentaciones habían sido un éxito rotundo.

Me había correspondido coincidir con ella en algunas presentaciones, y había quedado muy impresionado, tanto por la perfección de sus interpretaciones, como por su belleza nórdica. Aún cuando yo había tratado de entablar una conversación más larga, sólo habíamos intercambiado una cuantas palabras y comentarios, todos en relación con los conciertos, sus preferencias en relación con obras y compositores, menciones de ciudades europeas en las cuales le había tocado presentarse, opiniones generales respecto de algunos directores, en fin nada personal. Recordé, sin embargo, que en alguna oportunidad se refirió al maestro de origen alemán, bajo cuya batuta nos correspondía actuar hoy, manifestando un entusiasmo sin disimulo. No pude dejar de notar el apasionamiento que exteriorizó, y la expresión de sus facciones al referirse a él. Sus ojos se iluminaron al mencionarlo, y un ligero rubor tiñó sus mejillas.

Definitivamente me gustaba muchísimo. Esperaba se me presentara la oportunidad de poder entablar alguna conversación más larga con ella, sin embargo, no tuve ninguna opción, sólo saludos muy atentos, y uno que otro pequeño comentario respecto a la partitura que nos tocaría interpretar. Uno de sus favoritos, según había comentado, su compatriota Rachmaninoff, y en especial, el concierto número tres, quizás el más difícil de sus composiciones. Debido a eso, sin lugar a dudas, su concentración fue muy profunda, no dando tiempo para nada más.

Con envidia y celos, la vi conversando animadamente con el director. Este era un hombre joven y apuesto. Yo sabía que él había estado o estaba aún casado con una cantante de ópera de origen norteamericana, de éxito relativo fuera de su país. Por lo que seguramente coincidirían poco, ya que él, siendo alemán desarrollaba su carrera, casi exclusivamente en Europa.

A decir verdad, yo no estaba muy optimista y no me hacía ninguna ilusión ni esperaba que ella se figurara en mí, un simple segundo violín de orquesta, aún cuando ésta agrupación de Colonia, Alemania, contara con gran prestigio.

Llegada la hora salí con mi violín en mano junto con mis compañeros, nos sentamos en los respectivos puestos, afinando los instrumentos, en espera de las entradas sucesivas, primero del primer violín, a cuyo lado me correspondía mi lugar, y posteriormente el ingreso simultáneo de director y concertista.

Entraron juntos, ella adelante seguida por un sonriente director. Quedé deslumbrado por lo hermosa que estaba, con un vestido muy escotado de encaje

de un color entre rosado y beige, no entiendo mucho de vestidos ni colores, pero puedo asegurar que este atuendo destacaba su belleza. Su lindo pelo rubio ceniza casi totalmente natural, y sólo un poco de pintura en los labios. Saludó al público con una reverencia, y una leve sonrisa en sus labios, y luego se dirigió al primer violinista a quien dio la mano, pero para mi sorpresa y agrado, me incluyó en el saludo, alargando su diestra hacia mí, después de a mi compañero, lo que me hizo reaccionar de inmediato y con una sensación de felicidad, estreché su mano suave de dedos alargados. Se sentó en su taburete acomodándose, yo no podía desprender mi mirada de su espalda, sus hombros y brazos, los cuales apreciaba en plenitud, correspondiéndome, por la ubicación de los miembros de la orquesta, quedar inmediatamente tras de ella.

El director levantó su batuta y con una mirada generalizada, se volvió a ella con una sonrisa, dando el vamos al concierto.

Se escucharon los primeros acordes y ágilmente deslizó sus dedos sobre el teclado en esta compleja composición.

Yo, extasiado interpretaba mi partitura, sin poder desprender mis ojos de la pianista. Arrobado admiraba su piel tersa y el movimiento de sus músculos que repercutían en sus brazos, hombros y espalda. Era hermosa. Sentada muy firme sobre su taburete, derecha y concentrada, sólo desplegaba toda su fuerza traducida en sus ágiles dedos que recorrían el teclado con seguridad y amplio conocimiento, levantando sus ojos de vez en cuando para fijarlos en el maestro. Un arrobamiento recorría todo mi ser, y en mi interior tuve que reconocer que

estaba enamorándome de ella. Nunca había experimentado tal sensación de encantamiento y admiración compartiendo una actuación.

Así transcurrió su interpretación, perfecta, y yo hubiera deseado que este concierto nunca terminara. Me bastaba con mantener mis ojos prendidos en ella, sin poder despegar mi vista de su cuerpo maravilloso, apreciando con deleite, casi erótico, el reflejo de la música en sus músculos, sus brazos, su cintura, e incluso su bella cabeza moviéndose al compás de las notas, lo que hacía ondular su cabellera.

Sin lugar a dudas era una composición especialmente destacable para la pianista. Acordes dificultosos, combinación de notas complejas. Los violines solo teníamos una integración de acompañamiento, suave y delicada, radicando toda la importancia en el piano, y en uno que otro instrumento de viento que en algunos pasajes destacaba.

Terminada la presentación, estalló un aplauso caluroso y entusiasta de parte del público, el que fue acompañado por el eco de nuestra admiración al golpear nuestros instrumentos.

Se inclinó con una sonrisa, y el director dándole su mano, se sumó a los agradecimientos al público con reverencias y expresión de satisfacción. Salieron juntos, sin que cesaran los aplausos insistentes de los asistentes, y por tres veces tuvo que volver al escenario para corresponder al reconocimiento del cual era objeto, recogiendo graciosamente el ramo de flores que le brindaran. Finalmente premió el entusiasmo del público interpretando una balada de Schumann,

hermosa y romántica, seguida en absoluto silencio tanto por el público como por lo miembros de la orquesta.

Cumpliendo con nuestros protocolos, nosotros seríamos los últimos en abandonar el escenario, lo que hice con la esperanza de poder hablar con ella. No tuve más oportunidad que expresarle en pocas palabras, afuera de bastidores. mi admiración y felicitaciones. Como respuesta sólo pude obtener una sonrisa casi indiferente y un gracias generalizado para todos mis compañeros, de los cuales yo solamente era uno más. Siguiendo mi camino, me contenté con recoger, a la pasada, una de las fotos autografiadas de ella, que se incluían en el programa.

La presentación continuaba con la interpretación de una sinfonía de Mozart, complemento del programa, y con una puntada en el corazón tuve que resignarme que, por esta vez, ya no la volvería a ver. Quizás ya habría otra oportunidad.

